

LA HORQUILLA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEDA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO H. H. S."
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CALLO los nombres del país y de la persona. Era en una costa fértil y ardiente. La tierra dorada estaba cubierta de trigo segado y el mar azul cubierto de sol. Las florecillas asomaban cerca de las olas tenues y adormecidas. Hacía calor, un calor blando, perfumado por las emanaciones de la tierra húmeda y fecunda.

Según mis referencias, me brindaría hospitalidad en su casa un compatriota que vivía sobre un promontorio entre un bosque de naranjos.

¿Quién era? Yo lo ignoraba entonces. Me dijeron que una mañana llegó al país, compró terrenos, plantó viñas y sembró cereales. Durante diez años había trabajado apasionadamente, con ahinco. De mes en mes, de día en día, sus dominios aumentaban; fecundizando la tierra poderosa y virgen, amasaba una fortuna con su labor infatigable.

Trabajaba sin cesar; desde antes de amanecer recorría los campos, dirigiendo sus labores, vigi-

lando á los jornaleros, atendiendo á todo; y parecía obsesionado por una idea fija, torturado por una insaciable comezón de acaparar dinero.

Estaba ya muy rico.

El sol iba cayendo en el ocaso cuando llegué á la vivienda solitaria de mi compatriota. Era una hermosa vivienda, sencilla, espaciosa, rodeada por un bosque de naranjos y dominando el mar.

Un hombre alto y barbudo estaba en la puerta. Le saludé y le pedí que me diese hospitalidad para una noche. Me tendió la mano sonriendo.

—Entré usted, caballero, como en su propia casa.

Me condujo á un aposento, puso á mi servicio un criado, me acomodó con familiaridad bondadosa y al salir me dijo:

—Cuando usted quiera bajar, comeremos.

Comimos los dos solos en una terraza frente al mar. Yo le hablé de la riqueza de aquel país tan lejano y desconocido. El sonreía, repitiendo constantemente:

—Sí, muy hermosa tierra; pero nada gusta lejos de lo que se adora.

—¿Le duele á usted estar lejos de Francia?

—Sí; quisiera estar en París.

—¿Por qué no vuelve si tanto le gusta?

—Ya volveré.

Y hablamos de la sociedad francesa, de los bule-

vares y de las cosas de París. Interrogábame como un hombre muy conocedor de aquella vida.

—¿Quiénes van ahora á casa Tortoni?

— Los mismos de siempre, menos los que ya no existen.

Lemiraba con atención, perseguido por un vago recuerdo. Sí; yo había visto en alguna parte aquella cabeza. Pero, ¿dónde? ¿Cuándo? Aunque vigoroso, me parecía un hombre fatigado; triste, á pesar de mos-

trarse resuelto. Acariciando su barba rubia, dejaba correr una de sus manos, que la oprimía, y llegando al fin volvía á cogerla de nuevo cerca de la boca.

Era un poco calvo; tenía las cejas muy pobladas y un gran bigote.



Acabando de hundirse en el mar, dejaba el sol detrás de sí una bruma roja. Los naranjos floridos exhalaban su aroma intenso y delicioso.

El expatriado me miraba fijamente, como si descubriera en el fondo de mis ojos la imagen lejana de aquella vida parisiense que tanto le sedujo.

—¿Conoce usted á Boutrelle?

—Sí, le conozco.

—¿Ha cambiado mucho?

—Tiene todo el pelo blanco.

—¿Y Ridamie?

—Siempre igual.

—¿Y las mujeres? Hábleme usted de mujeres.

¿Conoce á Susana Verner?

—Ya lo creo.

—¿Y á Sofia Astier?

—Murió.

—¡Pobrecilla! ¿Y conoce usted á...?

Calló bruscamente. Luego, con la voz cambiada, pálido, conmovido, prosiguió:

—Vale más no recordarlo; me trastorna.

Y para distraerse, levantándose, me dijo:

—¿Entremos ya?

—Me parece bien.

Y entramos. Las habitaciones del piso bajo eran enormes, destartaladas, tristes. Había sobre las mesas platos y copas dejados allí por los criados de piel cobriza que andaban por aquel inmenso case-

rón. Dos escopetas pendían de dos clavos en una pared, y en los rincones se veían herramientas de jardinero, cañas de pescar y otros muchos objetos.

Mi huesped sonrió.

—Es la vivienda, ó por mejor decir, el refugio de un emigrado. Pero tengo un gabinete donde hay algún orden. Vamos allá.

Creí entrar en el almacén de un prendero: tantas cosas y tan variadas vi allí reunidas; la mayor parte, sin duda, eran recuerdos. En las paredes había dos buenos dibujos de pintores conocidos, telas, armas, y en sitio muy visible un pedazo de seda blanca en marco de oro.

Me acerqué á ver lo que aquello significaba y descubrí una horquilla clavada en el centro.

Mi huésped me puso una mano en un hombro y dijo sonriendo:

—Esa es la sola cosa que miro, que me atrae desde hace diez años. Prudhomme exclamaba cómicamente: «Este sable es el día más feliz de mi vida». Yo puedo exclamar con amargura: «Esta horquilla es mi vida entera.»

Buscando algo que decir, pregunté:

—¿Ha sentido un amor desdichado?

—Sufro como un miserable... Venga usted al balcón. Hace poco no me atreví á pronunciar el nombre de una mujer, porque si usted me con-

testara: «murió»), como lo ha dicho de Sofia, esta misma noche me hubiera suicidado.

Salimos á una terraza, desde donde se veían dos golfos, uno á la derecha y otro á la izquierda, oprimidos entre altas montañas grises.

Era la hora crepuscular; el sol, oculto ya, reflejaba todavía en el cielo sus luces.

Mi huésped se decidió al fin.

—Juana de Simours, ¿vive todavía?

Clavaba sus ojos en los míos, angustiado.

Sonreí diciendo:

—¡Caramba!... Y más hermosa que nunca.

—¿La conoce usted?

—Sí.

Dudó antes de preguntarme.

—¿La conoce usted... mucho?

—No... No tanto.

Me oprimió una mano entre las suyas.

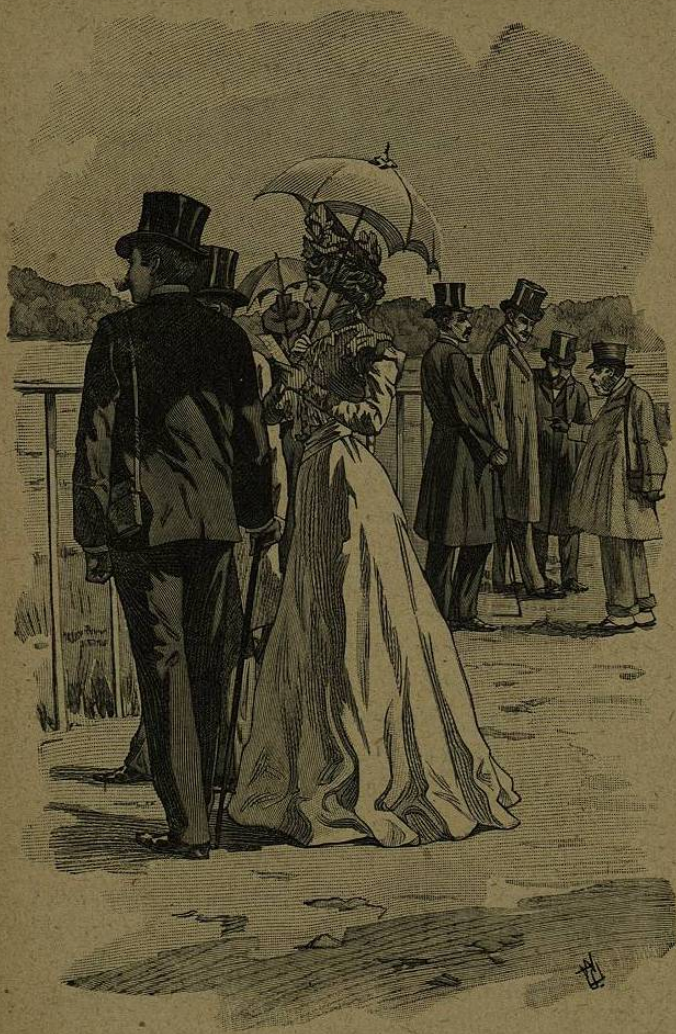
—Hábleme usted de ella.

—Nada podría decirle sino que sigue siendo una de las mujeres galantes más hermosas y más pretendidas en París. Vive como una princesa, y alegremente.

Murmuró: «La quiero», en el mismo tono que hubiera dicho: «Voy á morir». Después, bruscamente, dijo:

—¡Ah! Durante tres años, fué terrible y deliciosa nuestra vida. Estuve á punto de matarla cinco

ó seis veces; ella quiso dejarme ciego con esa horquilla que acaba usted de ver. Mire un punto blanco en mi ojo izquierdo. Aquí la clavó. ¡Nos queríamos de un modo! ¿Cómo podría explicar nuestra pasión? Es muy difícil. Debe existir un amor sencillo, fruto de la ternura de dos corazones y de dos almas; pero existe seguramente un amor terrible, cruelmente abrumador, que une dos seres distintos en todo, que se aborrecen y se adoran. Esa mujer me arruinó en tres años. Yo tenía cuatro millones y ella los devoró con la mayor frescura, sonriendo tranquilamente. Usted la conoce. Tiene algo de irresistible. ¿Qué? Lo ignoro. ¿Serán sus ojos grises, cuya mirada entra en el corazón como una flecha? ¿Será su dulce sonrisa indiferente y seductora? Su gracia tenue penetra poco á poco, emana de su ser como un perfume; de su talle airoso apenas balanceado al andar, hasta el punto de que avanza por las aceras como quien resbala; de su voz arrebatadora que parece una música ideal; de su sonrisa, de sus movimientos, de sus movimientos dulces armoniosos y suaves. Durante tres años no vi más que á ella; ella era para mí el mundo entero. ¡Cuánto me hizo sufrir! ¡Me ha engañado tantas veces! ¿Por qué? Por nada, por engañarme. Y cuando yo lo descubría, cuando la trataba de perdida y de miserable, confesándose tranquilamente, me decía: «¿Por ventura estamos



casados?» Desde que vivo aquí solo, he pensado tanto en ella, que acabé por descifrarla; sí; es Manón Lescaut que ha renacido. Es Manón que no pudo querer sin engañar; Manón, para quien el cariño, el goce y el dinero, eran una misma cosa.

Hizo una pausa, y luego prosiguió:

—Cuando se agotó mi fortuna, me dijo tranquilamente: «Comprenderás, amigo mío, que yo no puedo vivir del aire del cielo. Te quiero mucho, te quiero más que á nadie, pero necesito vivir. No haré nunca buenas migas con la miseria». Mientras viví á su lado, sufrí horriblemente. Cuando la miraba sentía las mismas intenciones de acariciarla que de matarla; sentía una imperiosa necesidad de ahogarla entre mis brazos. Había en ella, en el fondo gris de sus ojos, algo de pérfido y execrable que me la hizo siempre odiosa; y tal vez por esto mismo la quise tanto. En ella el femenino, el execrable y enloquecedor femenino, era más poderoso que en ninguna otra mujer. Estaba saturada en el flúido embriagador y venenoso. Era la mujer que seduce, fascina y arrebata. Ninguna como ella poseyó el secreto de atraer y arrebatar. Cuando se apartaba de mí, fijaba de tal modo sus ojos en todos los hombres, que parecía entregarse á cada uno en una sola mirada. Esto fué siempre mi desesperación, y me sujetaba más á ella sin embargo. Andando por la calle, á pesar mío, á pesar suyo tal vez, á

pesar de su porte modesto y tranquilo, por algo que había en el fondo de su naturaleza, era la mujer de todos los que la miraban. ¿Comprende usted esto? ¡Qué suplicio! En el teatro, en el restaurant, me parecía que la gozaban en mi presencia. Y en cuanto la dejaba sola, otros, en efecto, la poseían. Hace diez años que no la veo... y no la olvido; mi apasionamiento es mayor que nunca.

La noche cubría la tierra. El perfume del azahar flotaba en el aire.

Dije:

—¿Volverá usted á verla?

—¡Ya lo creo! Ahora entre tierras y valores, poseo ya ochocientos mil francos. Cuando complete un millón, vendiéndolo todo, volveré á París. Con un millón tiene bastante para un año. Viviré con ella un año entero.

—¿Y después?

—¡Quién sabe! Habré destruído mi vida. No sirviendo ya para nada en el mundo, es posible que solicite una plaza de lacayo para verla en el coche.



LAS BECADAS

MI adorable amiga: Me preguntas por qué no regreso á París; te asombra y casi te disgusta mi retraso. El motivo que te voy á indicar tal vez no te parezca conveniente ni galante, pero es de peso. ¿Imaginas que un cazador puede volver á París precisamente al pasar las becadass?

Mucho me gusta, ya lo sabes, la vida en una ciudad populosa, la casa y la calle; pero en otoño, prefiero la vida ruda y libre del cazador.

En París, me parece que nunca salgo de un interior, porque las calles, en suma, no son más que habitaciones comunes, largas y sin techo. Andamos entre paredes, pisando un suelo de piedra ó de madera, y los edificios limitan la mirada que no puede nunca extenderse hasta un horizonte de verdura, bosques ó sembrados. Millares de personas, codeándose con nosotros, nos tropiezan, nos saludan ó nos hablan, y el hecho de tener que librarse de la lluvia con un paraguas, no es bastante para dar la sensación del «aire libre».

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALF. R. NO. 123"
1900. 1525 MONTEPERRI, MEXICO